

JUAN IGNACIO GALVEZ

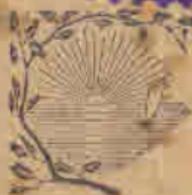
---

# NUEVA RUTA

---

CONCEPTOS SOBRE EL LIBRO "MIS IDEAS"

DEL DR. ENRIQUE OTERO D' COSTA



SAN CRISTOBAL  
IMPRESA LA MODA  
1913

JUAN IGNACIO GALVEZ

---

# NUEVA RUTA

---

CONCEPTOS SOBRE EL LIBRO "MIS IDEAS"

DEL DR. J. J. VARGAS VILA



SAN CRISTOBAL  
IMPRESA LA MODA  
1903



# NUOVA RUTA

## PROEMIO

Lejos está de mi propósito hacer una crítica al libro «Mis ideas»; no podría hacerla á quien tiene tantos puntos de contacto con lo que yo pienso. Diferimos únicamente en ciertas apreciaciones provenientes del punto de mira: no ven los acontecimientos idénticamente el que tiene colgado su nido á orillas del mar, en árbol frondoso, y el que ha fabricado su colmena en las fauces del león.

Habiendo tomado yo parte, aunque secundaria, en muchos de los sucesos antes y durante la guerra, creo que mis observaciones personales con sus deducciones lógicas, pueden contribuir en algo á ilustrar el criterio de los que lean el

notable libro «Mis ideas» y servirán de punto de partida y estímulo para que otros que han visto más, llenen los claros y completen la obra.

#### EL AUTOR Y EL LIBRO.

José Ignacio Vargas Vila, luchador joven, escritor admirable, sereno y atrevido dice lo que siente aunque comprenda que no debe decirlo.

Lejos de la Patria la ama con amor crecido por «el Tiempo y la Ausencia» y vino á la lucha como un caballero de la Edad Media que entra al torneo luciendo los colores de su dama.

Es de los «ambidextros», espada y pluma, militar y periodista, sirve en la guerra y sirve en la paz.

Es de los nuestros, un carácter, un entusiasta que no pierde la fe, un apasionado que no conoce el hastío, alma viril que no degenera, es el soldado de la Guardia que después de herido sigue tocando «á la carga».

Como escritor, su prosa artis-

lica sin dejar de ser correcta no tiene la solidez marmórea y frialdad escultural de la del autor de *Madame Bobary*; ni el clasicismo altisonante y magestuoso de Montalvo; ni la incorrección arrebatadora y sublime de Víctor Hugo, es más bien la prosa mágica, viva, sentida y humana de los Goncourt; virgen desnuda y blanca que ostenta la acertada combinación de sus líneas suaves, delgadas, en un conjunto de formas fidas y seductoras, que lleva en el alma algo melancólico como el canto de las campesinas de nuestras sierras y nos deja larga y honda impresión como cuando vemos el «Espíritu de la noche» en el famoso cuadro de De Turge. Para servirme de una expresión del oficio se podría decir que Vargas Vila pone en sus escritos más sentimiento, más alma que carne.

Su último libro «Mis ideas», que da motivo y fundamento á estos «Conceptos», es una pinacoteca en que un artista, queriendo hacer conocer sus talentos y estudio, exhibiera desde la caricatura hecha en una hoja de la cartera hasta

el cuadro de grande aliento y poderoso colorido:

Sorprende al Dr. Foción Soto en su oficina haciendo sumas y echando pestes á un cliente, y con la habilidad de un Grandville hace su caricatura en pocas líneas, y así lo deja;

Esboza al General Vargas Santos, dejando adivinar, por los rasgos fuertemente acentuados y por la seguridad de las líneas, que podría hacer un retrato de perfecto parecido;

Recargando las sombras para hacer mejor el efecto de la luz, pinta el cuadro de la siembra y recolección de las magníficas utopías liberales de 1849 á 1860;

En fondo de oro para dar realce á los tintes, como en el período Bizantino, dibuja la aurora que seguirá á la noche de la revolución con amplios horizontes, nuevos mirajes, bellas perspectivas sombreadas con tiento, y diseña en lontananza la figura de la columna blanca que habrá de guiar al pueblo en su peregrinación;

Con sus atavíos de héroe y su espada de guerrero victorioso pre-

enta en otra parte al General Benjamín Herrera magnífico y brillante, mas después de contemplar la espléndida figura la mutila, le quita la cabeza, por un capricho de artista.

Pero en donde puso Vargas Vila todo su ingenio, toda su habilidad, fue en la pintura de Uribe Uribe. Con maravillosas facultades de disector lo estudia en conjunto y lo analiza fibra á fibra, músculo tras músculo, vértebra tras vértebra. Le hace una completa anatomía física y moral. Luégo coloca el esqueleto en su centro de gravedad, lo viste, lo adorna con cuidado, le da sorprendentes efectos de luz, distribuye convenientemente las sombras y medias tintas y descubre el cuadro para que los que no han visto al hombre lo conozcan y los que lo conocen digan admirados: «Ése es», *Ecce homo!*

#### AMPLIACIONES.

El «mal carácter» y los «modales agrios» no son patrimonio exclusivo del Dr. Soto; los tienen y

los manifiestan Vargas Santos, Uribe Uribe y en ocasiones Herrera. Tal parece que el ser irascible fuera cualidad inherente al mando superior y que nuestros Directores no tienen la fuerza de voluntad de Wellington para disimularlo.

La diferencia es que aquellos jefes, quienes también se irritan por nimiedades y estallan en cólera, revisten sus arrebatos con la magestad de los truenos y relámpagos. Cuando ellos gritan, vociferan y hunden el suelo á patadas, el Dr. Foción Soto regaña. Pero también es cierto que el Dr. Soto regaña siempre.

El Dr. Soto «parece de acero y es de cera» en las cuestiones suscitadas entre sus copartidarios; cede fácilmente y reforma con frecuencia su opinión, que parecía definitiva, respecto á los hombres y á los acontecimientos, si hay quien se los muestre bajo aspecto distinto. Tiene, además, el Dr. Soto una cualidad rarísima: confiesa sus faltas, reconoce sus debilidades y declara su impotencia para desempeñar con éxito ciertos

cargos militares. «Si los viejos ya no servimos para estas cosas; esa es labor de jóvenes», le oí decir en varias y diversas circunstancias.

Pero el Dr. Soto es de acero y del mejor templado en lo que se refiere á los adversarios políticos, no les cede un palmo. Entonces tiene energías de intransigente joven y antes que doblegarse estallarí en pedazos.

No puedo esquivarme á la tentación de referir unos pocos rasgos que pintan mejor el carácter del Dr. Soto.

Cuando después de Chucurí fue llevado preso á Bogotá, se creyó que la revolución había terminado, pero él se impuso la tarea de desengañar á todos, y tanto trabajó que la revolución revivió en Cundinamarca y el Tolima.

Como uno de los lectores del Civilismo fuera á visitarlo, la primera pregunta que le hizo el Dr. Soto fue esta:

—¿Y Ud. por qué no se va á los campamentos?

—Doctor, le replicó el interpeado, aún vive mi madre y . . . .

—Y Ud. piensa que esta guerra

es de huérfanos? le soltó el Dr. Soto sin dejarlo concluir, y le volvió la espalda.

Cuando estaba en ese agonizadero del Panóptico, sufriendo lo inenarrable, fueron miembros connotados del Gobierno á ofrecerle la libertad á trueque de que diera su palabra de honor de no ingerirse en la lucha ni ayudarla en ninguna forma.

Siempre recordaré la indignación del Dr. Soto cuando regresó de la entrevista: «Exigirme á mí, prorrumpía, palabra de honor de que no los combatiré más á cambio de mi libertad?... Que me suelten sin condiciones y ya libre les diré lo que haré!»

Y prefirió seguir en el antro á obtener la libertad á ese precio.

Si esto no revela una firmeza de carácter rara no sé qué pueda dar mejor idea.

Esas asperezas, esas brusquedades del Dr. Soto ocultan á los ojos del vulgo un fondo limpio y cristalino de sentimientos delicados, de fibras en extremo sensibles. Ese comerciante minucioso y estricto, se conmueve profun-

damente ante la ajena desgracia, tiene un corazón de niño para sentir los contratiempos de su causa y los infortunios de sus amigos.

Creo que todavía conserva en su cartera el retrato del General Próspero Pinzón como un recuerdo del enemigo leal que lo trató con hidalguía y generosidad cuando lo venció. Y pienso que también guarda en el fondo del alma un rencor profundo contra los que lo ultrajaron.

No hay que olvidar tampoco que el Dr. Soto, después de fugarse del Panóptico, llevó á los campamentos de Cundinamarca la unidad de acción, el prestigio y respetabilidad de su nombre. Con amplias miras circunscribió á cada jefe militar su campo de acción, dejándoles toda su autonomía en las operaciones militares, y se reservó únicamente una especie de autoridad civil que no entrababa, antes bien desarrollaba las capacidades de los jefes.

Es de lamentarse que el General Vargas no hubiera procedido así en Santander.

En resumen, me parece el Dr.

Soto una prosaica y fría caja de hierro que encierra muchos diamantes y joyas apreciadas en el mercado de los espíritus nobles.

---

Nada nuevo hay que agregar, por ahora, á lo que dice Vargas Vila del General Vargas Santos.

El General Vargas fue necesario en un momento y le dió á la guerra con altas miras patrióticas su nombre venerable, mas por un exceso de abnegación aceptó llevar sobre sus débiles hombros de anciano la ponderosa carga de la Dirección de la guerra, y su peso lo rindió.

Pero tanto el General Vargas como el Dr. Soto, son un ejemplo vivo para que los jóvenes aprendan que los deberes que impone el patriotismo duran mientras subsista el hombre y deben cumplirse hasta en la tarde de la vida.

---

«El General Benjamín Herrera, como militar, es de lo más alto que ha tenido la Revolución; valiente hasta el exceso, noble con el vencido, indiscutible táctico, voluntad de hierro, y perseveran-

cia de apóstol; su perfil guerrero está grabado en el bronce de los héroes; desgraciadamente le falta ilustración y talento», dice Vargas Vila.

Duro de comprender se me hace cómo un «táctico indiscutible», que logró por esfuerzos propios ocupar «como militar el puesto más alto» en la Revolución; que formó, equipó y organizó el más numeroso ejército, y que galvanizó con sus triunfos la Revolución expirante, puede carecer de talento.

Las medianías no surgen así ni el sólo valor hace esas cosas. Es de hombres superiores lograr ese éxito.

Hay que confesar que Herrera tiene talento y del bueno, del que se necesita en una guerra: el talento de no dejarse vencer, de tratar con tino asuntos graves y de conseguir un resultado superior al de los demás.

En cuanto á ilustración eso es relativo, como diría Monsieur Jourdain; cierto es que Herrera no ha escrito el «Mar muerto», ni traducido la Eneida, ni hecho un

Compendio de ortografía, pero en cambio tiene una suma de conocimientos suficiente para no dejarse comulgar con falsas teorías ni erróneas deducciones, y para servir brillantemente á su partido y á su patria.

Cuenta Tocqueville que Soult «había recibido muy poca educación en su juventud y no aprendió geografía sino cuando llegó á ser Ministro de Relaciones Exteriores de Francia»; y sin embargo fue una de las grandes figuras del primer imperio. Luis XIV según el abate Le Gendre «savait á peine lire et écrire», y dió su nombre á un siglo, «á aquella época de los grandes hombres que él supo comprender y agrupar al rededor de su persona, para realzar su esplendor».

---

«Las revoluciones que no se condensan en la persona de un caudillo se pierden irremisiblemente, por que las rivalidades, los celos, las indisciplinas, destruyen los ejércitos antes de combatir; es necesario para el triunfo que surja un hombre superior, un

carácter supremo que domine las multitudes, que dirija los acontecimientos hacia el fin deseado sin vanidad y con firme propósito», dice Vargas Vila.

Nada más cierto, con una salvedad, que fuera mejor que la fuerza directriz, dominadora y creadora de la cohesión fuera una idea general, una tendencia común clara y avasalladora, por que entonces el caudillo no necesita tener cualidades excepcionales y extraordinarias, con un poco de buena voluntad y firmeza encarrilará las multitudes y hará converger todas las energías al fin conocido. Cuando la corriente dirige la embarcación el timonel puede ser cualquier marino; un niño puede manejar un automóvil pero á un potro de raza no lo domina cualquiera.

Cuando se rompe la unidad de acción, se oscurece el conocimiento perfecto del fin, entonces se hace necesario, indispensable para el buen éxito, que un hombre encarne la idea y con sus dotes personales, con su alta energía, con su noble conducta, con sus

miras elevadas, sea el centro de unión; que su magestuosa talla sobresalga, que su superioridad se imponga, que su firmeza domine los obstáculos y que su gloria eclipse las otras.

Por esto, por que comprendimos esta necesidad, los espíritus jóvenes rodeamos á Uribe Uribe antes de la guerra, le allanamos el camino, le esbrozamos la senda y en la campaña lo seguimos en sus triunfos y en sus derrotas, en sus días de sol y en sus días oscuros. De la Roche y Tirado Macías, Carreño y Grillo, Ordóñez, Jaramillo y Forero Rubio, Torres Amaya y J. Muñoz, Durán y Ardila, Juan Francisco Gómez y Pradilla Fraser, Barbosa y Soto Ortega, F. S. Escobar y Larreamendi, Suárez Lacroix y Vanegas, Márquez y Cornelio Currea y la mayoría de los hombres del porvenir contribuyeron en la prensa y en la tribuna, en la ciudad y en el campamento, con su valor, con su talento, con su audacia y con su decisión á levantar á Uribe y ponerlo en la cima. Muchos quedaron en el campo y de los de-

más muy pocos lo siguen hoy. (1)

Porque Uribe no resultó como se le soñaba, no tuvo fuerza en los talones para afirmarse en el terreno que pisaba, ni cabeza para subir á la altura de los Caudillos. No fue hábil para desenvolver los acontecimientos, ni supo hacer de los obstáculos gradas de ascensión. Sus defectos y manías superaron á sus indiscutibles y relevantes aptitudes. Tuvo talento para crearse dificultades; le faltó energía para erguirse en el momento en que una sola hidalga y noble levantada de cabeza le habría hecho visible sobre todos, y no tuvo ductilidad para inclinarse cuando era preciso. En vez de ensanchar el círculo de sus sostenedores ponía un cuidado sutil en fabricarse adversarios nuevos y en perder sus amigos.

Fue juguete de las circunstancias pudiendo dominarlas; á pesar de tener una altísima idea de sí

---

(1) Todos los jefes de Cundinamarca y el Tolima eran ardientes partidarios de Uribe. Juzgo que hoy, muchos de ellos estén arrepentidos de su adhesión.

mismo, dudaba, y en vez de levantarse para que lo reconocieran, buscaba firmas; quería, á la inversa, que lo nombraran, que lo hicieran para mostrarse.

No se dió cuenta de su posición.

Pudiendo pasar de un salto quería que le pusieran piedras en el torrente, y dió tantos traspiés que se zambulló.

Prefirió la gloria de oropeles, fútil y movediza del momento, á la grandeza de sólido pedestal que consagra el tiempo y sancionan las multitudes.

---

Cuando Uribe deje de echar un discurso á las ranas que chillan á su paso y cierre la llave de su desaguadero epistolar; cuando cese de creerse impecable y de atribuir sus desaciertos á los que lo mandaron ó á los que le obedecieron, adelantándose á la historia; cuando se muestre más benévolo ante las imperfecciones humanas y aprecie menos su perfectibilidad; en fin, cuando por medio de una gimnasia intelectual severa corrija sus defectos — todos corregibles — que le enumera con elegante

perspicacia Vargas Vila, entonces Uribe Uribe, reconciliado con la grande opinión que lo seguía, será una esperanza para la juventud liberal y los que lo combaten se verán obligados á abrir filas para que pase; por que siempre se tendrá en cuenta el valor de Uribe, su atlético esfuerzo por el triunfo del partido, su resistencia para la fatiga y su laboriosidad excepcional.

---

Si Herrera y Uribe, las dos más altas figuras de la Revolución, comprendieran que no se excluyen, antes bien se completan, y olvidando, en vista de los desastrosos resultados, sus viejas rencillas y querellas, se unieran en unión franca y sincera, leal y generosa, habrán realizado la obra más patriótica y de mayor trascendencia para el porvenir del partido.

Debieran recordar siempre la fábula del cojo y el ciego.

Lo contrario, el trabajar uno de los dos por sí ó por medio de apoderados para prevalecer con exclusión del otro, será la obra

más perjudicial y de más fatales consecuencias para la causa.

Si no son capaces para deponer ante el ara del partido sus enemistades personales, la juventud, que tiene más elevadas preocupaciones, lamentará su desvío y seguirá adelante guiada por su ideal de progreso.

Haremos de nuestras plumas broqueles para nuestros jefes de ayer, nadie podrá tocarlos sin pasar antes por encima de nosotros, pero iremos solos y unidos, en espera del jefe que habrá de surgir.

Los Generales Vargas Santos y Soto pondrán, es seguro, dado su patriotismo, toda su influencia, toda su energía en juego para lograr esa unión y esa armonía salvadoras.

Si así no lo hicieren, si por el contrario avivaren la discordia...

No, es imposible, no son ellos, los ancianos venerables aleccionados con la experiencia de muchos infortunios, los que cometerán semejante falta.

La presente generación liberal ha estado proscrita por pecados de sus antepasados, no ha ocu-

pado el puesto á que tiene derecho por culpa de los que la han dirigido, y no triunfó por que la naturaleza fue infecunda y no le dió el hombre superior en la paz y el caudillo en la guerra; pero ese hombre surgirá por méritos propios, no nos impacientemos, no queramos hacerlo por que será obra frágil, ni le cerremos el camino á ninguno; y que las figuras prominentes, los jefes que aspiran á dirigir los destinos del partido, se man entretanto, suplan con los méritos de dos ó tres las cualidades que debiera tener uno solo, y no hagan por más tiempo víctima á la juventud liberal de sus ambiciones personales y de sus exclusivismos sectarios.

#### CAUSAS.

La Revolución nació antes del término, es verdad, pero fue viable, si no con la robustez que un tiempo mayor de incubación le hubiera dado, sí con fuerzas para desarrollarse, para crecer, para estar en varias ocasiones á dos palmos del triunfo, y durar, á pe-

sar de todo, tres años. Pero los comadrones, los facultativos de la paz, llamados á darle aliento ó á permanecer meros espectadores dejando obrar libremente la naturaleza, quisieron asfizarla en la cuna y circularon el memorable telegrama del 17 de Octubre de 1899, repartieron órdenes y enviaron cartas, para anatematizarla, marcarla como fruto de ambición de círculo cuando debiera ser protesta altiva y patriótica de una causa, privarla de todo auxilio y robarle adeptos.

Antes de que la Revolución fuera atacada por el Gobierno se le asestaba tremendo y desconcertador golpe por los mismos que la deseaban, y así lo decían, para dos meses después.

Y no descansaron un solo momento en su homicida labor; ni su primera víctima, Figueredo, ni el ardor de la juventud que iba á la lucha ó se aprestaba para entrar, los contuvieron; y es notorio que las fechas de nuestros descalabros están marcadas por la línea negra de un Manifiesto en que se desacredita y da por terminada la gue-

fra, y que las disenciones entre nuestros jefes, las rivalidades del campamento, fueron sugeridas ó alimentadas por ese Círculo envidioso de Bogotá que tiene sus sucursales en algunas ciudades.

Parodiando á Saint Evremond puede decirse, con razón, que ese Círculo no le podía perdonar el triunfo á una guerra que él había desaprobado; más celoso del honor de sus opiniones que del bien de la causa, más enemigo de la Revolución que del Gobierno no olvidaba nada para impedir el éxito que se podía alcanzar ó para inutilizar el que se había alcanzado. Se puede reputar á ese Círculo como un aliado del Gobierno que trataba á la Revolución como á enemigo común. (1)

---

(1) " Mientras que en Roma se le daban las gracias á un Cónsul (Terencio Varo) que había huído, por no haber desesperado de la salvación de la República, en Cartago se acusaba á Aníbal victorioso. Hannon no le podía perdonar el triunfo en una guerra que él había desaprobado. Más celoso del honor de sus opiniones que del bien del Estado; más enemigo del General de los cartagineses que de los romanos, no olvidaba nada

No hubo gasto que economizaran, piedra que no removieran, materiales que desecharan, obreros que no utilizaran para derribar la Revolución y levantar sobre sus ruinas el edificio de su hegemonía personal.

Triunfaron, pero su triunfo es vergonzoso.

Cuando en vez del estímulo se encuentra el reproche de los partidarios, y el reproche tenaz, constante, excepcionalmente firmes y convencidos deben ser los caracteres que no se debilitan, que no llegan hasta á dudar de la bondad de lo que se hace.

No sin frutos se vulgariza una propaganda sostenida, por más perjudicial y errónea que ella sea

---

para impedir el éxito que se podía alcanzar ó para inutilizar el que se había alcanzado. Se puede reputar á Hannon como un aliado del pueblo romano que trataba á Aníbal como á enemigo común. Cuando éste enviaba á pedir hombres ó dinero para mantener sus tropas: *“Qué pediría si hubiese perdido la batalla?”,* decía Hannon; *No, no señores, ó es un impostor que nos entretiene con falsas noticias ó un ladrón público que se apropia los despojos de los romanos y las ventajas de la guerra”*. (Saint Evremond 2<sup>a</sup> Guerra Púnica).

La Revolución iba pues á los combates ya debilitada, inficionada por los miasmas que despedían las pasiones rivales, agitadas por los que no querían la guerra; y con la decisión del que cumple un deber, pero duda si conseguido el éxito éste sea digno de la grandeza del sacrificio.

El magnífico entusiasmo de los primeros días no se aprovechó, ó se despedazó como en Bucaramanga, en donde se vio lo que no se ha visto en ninguna parte: entrar al combate, á la primera fila, jóvenes inermes que esperaban la muerte de un compañero para coger el rifle y reemplazarlo.

Después la ola desalentadora subió, dominada un momento por el milagro de Peralonso y el audaz golpe de Theran, volvió á resurgir con la lentitud de la campaña en Santander; y si la historia de esta guerra se fatigará en el recuento de las hazañas heroicas de nuestras tropas es porque luego inmunizó á los perseverantes la misma fuerza del contagio debilitante. Por eso son doblemente significativos los triunfos de Si-

baté, Casa de lata, La Florida, Aguadulce y cuantos más se vieron.

Entre los que no perdieron la fe, que no dejaron violar su entusiasmo virgen, sobresalió Marín, y por eso su leyendaria campaña, sus proezas audaces y su esfuerzo, apreciado mejor por los que lo combatieron.

Para averiguar la causa de esta doble mira en la colectividad liberal, de esta divergencia en puntos vitales, de esta diversa actitud en una hora tan importante, de esta duplicada noción del patriotismo que hacía creer á unos un deber entrar á la guerra, y á otros un deber oponerse á ella, tenemos que retroceder algunos años.

Desde la muerte de Murillo Toro, una fracción del partido liberal, la que lo dirigía, según gráfica expresión del Dr. Rudas, «ha venido dando topes, sin rumbo, como esfera hueca por una corriente». En su última época de poderío fue oligarca y extremó la invulnerabilidad de su credo, y después en su deseo de aproximación á los conservadores borroneó todo su pro-

grama, fue hasta la abdicación de sus viejas creencias fundamentales, y tan allá fue que eligió un *leader*, Don Miguel Samper, que los mismos conservadores no hubieran aceptado por demasiado ultramontano.

Como consecuencia vino un período de confusión de ideas disolvente, muy pocos sabían á punto fijo qué debía defenderse. La anarquía doctrinaria era el solo sistema. Las masas dudaban confundidas por tan encontrados procedimientos. No se sabía si era de buena ó de mala fe la renegación; si era arma política oportuna la concesión ó si implicaba reforma permanente.

En seguida las aguas revueltas se dividieron en dos corrientes, tomaron forma bajo dos aspiraciones distintas, una triunfar por las armas, otra ponerle obstáculos é impedir ese triunfo.

El Dr. Ignacio V. Espinosa y los demás que han tratado filosóficamente el origen y vida de los partidos en Colombia, han reconocido en el liberal esas dos tendencias, visibles y perfectamente

demarcadas en ocasiones y aparentemente refundidas en otras. Espinosa las nomina Liberalismo y Radicalismo, y otros Oligarcas y Draconianos. La verdad es que el hecho existe y que todos los esfuerzos puestos en juego por los liberales para unir el partido fracasan en la práctica, por ser las dos fracciones absolutamente diversas en su índole, en sus aspiraciones, y en los medios para conseguir el resultado.

En la guerra última los dos grupos tomaron el nombre de Civilistas y Revolucionarios, siendo de notar que muchos de los que se inclinaban y pertenecen al último no contestaron á lista por diversos motivos, lo que ha hecho dar una falsa mayoría al sedimento; pues revolucionarios son, no solamente los que fueron al campamento, sino cuantos ayudaron con su dinero, con su actividad y con cualquier clase de servicios á la Revolución; y Civilistas son únicamente los de ese Círculo reducido, que diciéndose liberales combatían la guerra.

Los Civilistas de hoy son pues

los mismos Oligarcas de ayer, los herederos del cetro y corona de aquellos hombres prominentes, astutos y desconfiados que quisieron maniatar al Presidente con la Constitución de 1863, porque el Presidente era un revolucionario vencedor, y que luego, cuando les tocó el turno en el Poder, aplicaron la Carta con espíritu contrario á su letra, sosteniendo, sin embargo, con firmeza especial y hermenéutica estrecha, que la Constitución era intocable, y que cortadas serían las manos de quienes se atrevieran á borrar uno sólo de sus artículos.

Conservadores de estas tradiciones é intérpretes de la doctrina, han venido siendo, los que hoy se llaman Civilistas, una especie de casta sacerdotal que ha continuado dominando en la paz á todo el partido é impidiendo la preponderancia del Liberalismo propiamente dicho, ó elemento revolucionario. Ellos han llevado el timón pero con tan poca habilidad que no consiguieron, por evolución oportuna, hacer adelantar un paso al partido en la situación de

árbitro impasible en que estuvo algunas veces. Tanteaban vías, formaban propósitos, se inclinaban á un lado ó al otro, pero llegado el momento de decidirse francamente vacilaban, y seguían esperanzados en la lenta labor del tiempo y en que el Gobierno por sí mismo se cayera, se derrumbara, para entonces sin esfuerzos, sin sacrificios, subir ellos; y mientras eso sucedía el partido liberal no tenía ni los derechos y libertades que tienen los pueblos sujetos á una dominación extranjera.

El elemento revolucionario, que guardaba el fuego sacro de la idea, entre tanto los dejaba hacer y aceptaba su Dirección, mientras no creyó necesario sacudirla, por ser demasiado pesada la opresión que ejercía el Gobierno y muy lejano el día de reconquistar la libertad al paso de ciego de la Dirección liberal; y se lanzó á la guerra, á una guerra reconocida como justa por conservadores como Marceliano Vélez, Martínez Silva y José Manuel Marroquín; á una lucha desigual pero que encarnaba una aspiración general, firme

y resuelta; á un combate desesperado y terrible.

Ningún pueblo, y menos los de índole sumisa y pacífica como el de Colombia, se arroja á la hoguera de una guerra sino es aguijoneado furiosamente por una opresión continuada, y ninguno sostiene una lucha tan larga y tenaz sin una idea poderosa de alcanzar con el triunfo la implantación y goce de algo mejor, de mayor libertad individual y bienestar social.

No hay un hombre, no hay Caudillo por prestigioso y querido que sea, que pueda desencadenar una revolución contra un Poder si no hay en la multitud que deba seguirlo dolores que piden alivio, cadenas que quieren romperse, esperanzas de vida mejor que desean realizarse. Un partido que goza de libertad, que tiene derechos suficientes para vivir y progresar, si no es un partido de locos no va al sacrificio, al matadero, por la ambición de uno ó media docena de jefes; y una nación que se compusiera de una tercera parte de locos y otras dos de cuer-

dos encargados de atarlos, no viría un lustro.

«Cuántos, dice de Maistre, a quienes se considera como autores de la guerra son no más que arras-trados por las circunstancias».

---

Creo oportuno consignar aquí las tendencias y aspiraciones, que en mi concepto, guían al elemento revolucionario, que para mayor claridad llamaré Partido liberal moderno — sin comprender por supuesto en esta denominación al grupo oligarca de «los Civilistas» como se apellidan ellos.—

El Partido liberal moderno está tan lejos de las utópicas y amplísimas doctrinas de 1863 como de las retrógradas y restringidas de 1886; tan apartado del federalismo disociador como del centralismo absorbente; tan opuesto al absolutismo como á la anarquía; es igualmente enemigo del ultramontanismo y de la persecución religiosa; defiende la representación de las mayorías y también la de las minorías; cree en la necesidad de la instrucción religiosa primaria como en la libertad de es-

tudios; es un partido liberal colombiano, criollo, que no busca en otros países ni en otras razas semillas que en nuestra tierra no fructifican, patrones que vienen muy grandes á nuestros cuerpos; que partiendo de las bases generales sobre que reposa la República liberal, acomoda sus ideas á las necesidades de nuestro pueblo y de nuestro clima, á las costumbres y al estado incipiente de nuestro progreso.

Ha ido á la guerra cuando se le cierran todas las vías que en los países civilizados se dejan abiertas para que los partidos tengan su representación proporcional y puedan hacerse oír, y desea el Poder como medio de implantar y hacer propagar sus ideas, que cree impedirán el retroceso del país y lo harán avanzar hacia la conquista de más amplias libertades con paso seguro y progresista.

---

Los Generales Vargas Santos y Soto, Herrera y Uribe firmaron la paz.

Terminada así la guerra, con la aprobación de los principales je-

fes, la paz será estable; y el templo de Jano queda cerrado con cuádruple cerrojo.

Enterremos nuestro tomahawk y limpiemos las herramientas del trabajo.

La paz se imponía. La paz era una necesidad porque el partido liberal era impotente para vencer y la guerra era larga; pero ¡ay! qué dura es la condición de vencido! No siempre se encuentra al hidalgo vencedor que no humilla al rendido haciendo alarde de su generosidad.

La revolución taló, mató, arruinó é hizo viudas y huérfanos porque no venció. El gran crimen de las revoluciones es no triunfar.

Ah! si fuéramos los victoriosos, nuestros nombres figurarian en el calendario de los patriotas, de los grandes; el terco Gobierno que provocó la guerra sería el que expropió, asesinó y sembró la ruina! La revolución habría sido santa. Pero no triunfó y es criminal.

Inclinémonos ante el criterio de las multitudes.

Cuentan que el Presidente Kruger, cuando le dieron la noticia de

la rendición de los luchadores del Transvaal, se cogió con ambas manos la cabeza y dijo: « Dios mío, cómo puede ser eso! » y que el General Herrera dejó estampada una lágrima en el texto de los tratados.

No son esta exclamación del viejo campesino y esta lágrima del rudo veterano brotes egoistas, son la exhalación dolorosa del alma cargada de amargura por la contemplación de la inmensidad del esfuerzo y la esterilidad del sacrificio.

El que no comprenda estas cosas, el que no las sienta no ha luchado, ni tiene el sentimiento de lo que es caer en la arena y levantarse apoyado en la mano del adversario que hace resonar su perdón.

Con la maleta llena de desengaños, de esperanzas muertas y de ilusiones rotas llega el vencido á su hogar frío, en donde la madre ó la esposa lo esperan llorando porque han sufrido mucho y ni luces lejanas brillan en la oscuridad del mañana. *Væ victis!*

NUEVA RUTA

La juventud conservadora, que ha avanzado mucho; que ha aprendido porque le ha tocado también sentir el peso de las autoritarias doctrinas regeneradoras; que se acerca á nosotros porque no tiene los odios viejos que sembró la oligarquía liberal, y que ha visto en la juventud revolucionaria, ó sus camaradas de gimnasio ó sus adversarios francos y leales, nos espera en la prensa, en los comicios, en las asambleas, (1) vamos á ella llevando por escudo nuestra dignidad y por arma una idea.

Enarbolemos un girón de nuestra despedazada bandera, saquemos del carcaj una sola flecha, y que sea nuestra táctica nueva. Dirijamos todos los tiros á un solo punto de la fortaleza, concentremos todas las fuerzas sobre un reducto, que tomado este nos ser-

---

(1) El Gobierno ofrece garantías para que los liberales voten y lleven á las asambleas su representación. Mientras no viole su promesa no podemos dudar de su efectividad.



virá de apoyo para nuevas ataq-  
ques.

Luchemos únicamente por conseguir el triunfo de la INSTRUCCIÓN PRIMARIA GRATUITA Y OBLIGATORIA. Que todos los liberales, en todas partes, á cada día, tengan este pensamiento: poner una chispa en el foco; que en las gacetas, en los clubs, en los colegios, en los campos, en donde quiera que se nos deje hablar, se discuta, se comente, se desmenuce y se amplíe esta idea: el pueblo debe instruirse.

Que nos alejen de las urnas, que no se nos dé ninguna participación en la tarea administrativa, pero que se pueble á Colombia de escuelas;

Que se despilfarre, pero que se pague á los maestros; que el preceptor no mendigue;

Que haya alcaldes arbitrarios pero que obliguen á los padres á mandar sus hijos á la escuela.

Que no haya aldea, que no haya campo en donde el viajero no oiga la consoladora algazara de los muchachos que estudian á todo pulmón;

Que el cura y el maestro compitan en la bella empresa de llevar la luz á los cerebros de los niños;

Que los Gobernantes miren como primer deber, y sea su principal timbre de honor, contribuir á sacar la generación que principia de la horrible ignorancia en que yacen sus padres.

«Dadme la educación y cambiaré el mundo» decía Leibnitz.

Cuando esta idea difundida, propagada con tesón, haya penetrado en las capas sociales, será poderosa y se impondrá como una necesidad sobre todos los obstáculos y á pesar de las aberraciones.

«Cuando después de un período más ó menos largo de tanteos, recomposiciones, deformaciones, de discusión, de propaganda, una idea adquiere su forma definitiva y penetra en el alma de las multitudes, entonces constituye un dogma, es decir, una de esas verdades absolutas que no se discuten ya. Ella hace entonces parte de las creencias generales sobre que reposa la existencia de los pue-

blos. Su carácter universal le permite desempeñar un papel preponderante. Las grandes épocas de la historia, el siglo de Augusto como el de Luis XIV, son aquellas en que las ideas salidas de los períodos de tanteos y discusión se han fijado y se han adueñado del pensamiento de los hombres. Son entonces faros luminosos que coloran con sus mismos tintes cuanto alumbran. (Gustave Le Bon. *Lois psychologiques de l'évolution des peuples*).

Trabajemos por que el pueblo aprenda á leer, que conozca sus deberes sociales y sus derechos, que comprenda su misión y su fuerza, y dejando de ser el rebaño inconsciente que se lleva á la urna y al campamento, ocupe su puesto; y habremos levantado poderoso obstáculo al reclutamiento, asentado sobre base de piedra la libertad de sufragio, y cerrado para siempre nuestras bárbaras carnicerías civiles.

Juan Ignacio Gálvez.

